



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

De Allende a Bachelet

Explicando el enigma chileno¹

Mauricio Rojas

Ex diputado del Parlamento de Suecia y Profesor Adjunto de Historia Económica de la Universidad de Lund. Senior Fellow y miembro del Consejo Académico de la Fundación para el Progreso (Chile)

¹ Texto publicado en *Cuadernos de Pensamiento Político* de FAES, No 41. Madrid: enero-marzo 2014. Se realiza la presente edición electrónica con la autorización de FAES (España).



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

Introducción

Hace poco más de cuarenta años, el 11 de septiembre de 1973, terminaba de manera dramática el experimento socialista encabezado por Salvador Allende. Chile se encontraba entonces en una situación caótica. Su antigua y muy respetada democracia había sido sepultada por una creciente polarización social y política, iniciada ya durante la segunda mitad de los años 60, que había dividido al país en dos mitades irreconciliables. La búsqueda de consensos y soluciones institucionales había sido reemplazada por una contienda generalizada donde el recurso a la violencia se fue haciendo cada vez más recurrente. Además, el desabastecimiento y una inflación galopante ponían su cuota cotidiana de incertidumbre en un país que parecía empeñado en destruirse a sí mismo.

Cuarenta años más tarde, Chile es celebrado internacionalmente por sus notables logros. En su informe de octubre de 2013, la OCDE resume de esta manera los progresos chilenos: “Chile ha logrado avances formidables hacia una mayor prosperidad económica y reducción de la pobreza. El ingreso per cápita se ha más que duplicado durante los últimos 20 años, convirtiéndose en el más elevado de América Latina.”² A su vez, el Índice de Desarrollo Humano 2013 ubica a Chile a la cabeza de los países latinoamericanos y lo mismo ocurre con muchos otros indicadores.

Al mismo tiempo, este país tan exitoso se ha visto remecido por una ola de movilizaciones que tuvo su eclosión el año 2011, dándole un marcado giro a la izquierda al clima político chileno que le puso su sello a las recientes elecciones presidenciales. Los comicios que nuevamente llevaron a Michelle Bachelet al palacio presidencial de La Moneda dieron expresión a una voluntad de ruptura no sólo con una serie de componentes significativos del modelo de desarrollo seguido hasta ahora sino también, y más importante aún, con su espíritu, apuntando hacia un modelo mucho más estatista y redistributivo, con fuertes reminiscencias del Chile pre 1973.

Se trata de una evolución sorprendente pero no por ello inexplicable. Para entender el enigma chileno debemos retrotraernos a los años fundacionales del modelo de desarrollo actual bajo la dictadura militar del general Augusto Pinochet (septiembre

² OCDE, *Estudios económicos de la OCDE: Chile – Visión general*. Octubre de 2013. Pág. 4.



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

1973-marzo 1990) y su profundización bajo los gobiernos posdictadura de la centro-izquierda (marzo 1990-marzo 2010). Es durante ese largo período que se sientan las bases tanto de los éxitos alcanzados como de su creciente cuestionamiento actual. Por ello, para entender la situación presente del Chile contemporáneo y sus perspectivas futuras, se debe estudiar su genealogía, partiendo el año 1973 y concluyendo con el gobierno de centroderecha de Sebastián Piñera (marzo 2010-marzo 2014). Ese es el propósito de este texto.

La hora de la espada y la reinención de Chile

Pocos pudieron imaginar el 11 de septiembre de 1973 que lo que en ese momento llegaba a su fin era no sólo un intento de imponer el socialismo por medios cuasi legales³ sino todo el modelo de desarrollo seguido por Chile desde la década de 1930. Desde entonces, recorriendo un camino que fue común a casi toda América Latina, Chile tomó un rumbo que aisló del mundo a gran parte de su economía e incrementó sucesivamente la presencia del Estado, hasta convertirlo en el actor central de su vida económica y social.

Esta estrategia de desarrollo había manifestado una serie creciente de deficiencias y fue incapaz de satisfacer las ansias de progreso de una población que, especialmente en las grandes ciudades, se incrementaba con una velocidad vertiginosa. La pobreza urbana, concentrada en las miserables “poblaciones callampa”,⁴ era la expresión más patente de un desarrollo que generaba grandes frustraciones y tensiones sociales. En todo ello, Chile era un país latinoamericano bastante representativo y su ingreso per cápita era apenas un poco superior al promedio de la región. A su vez, su atraso respecto del mundo desarrollado se había incrementado paulatinamente desde comienzos de siglo. Así, por ejemplo, el ingreso per cápita chileno que en 1910

³ La legalidad del gobierno de Allende fue reiteradamente cuestionada. Un uso mañoso de la legalidad, que terminó desquiciando el sistema democrático chileno, caracterizó su gobierno. Véase al respecto la declaración solemne de la Cámara de Diputados de Chile del 22 de agosto de 1973: <http://www.liberalismo.org/articulo/298/60/acuerdo/camara/diputados/>

⁴ Nombre chileno de los barrios de chabolas que se multiplicaron en Santiago y otras ciudades a partir de los años 50 del siglo pasado.



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

igualaba o superaba al de Francia o Suecia se había reducido a menos de la mitad del de estos países en 1970.⁵

Este desarrollo deficitario fue puesto en la mira crítica por un grupo de jóvenes economistas con estudios de posgrado en la Universidad de Chicago (por ello conocidos posteriormente como “Chicago boys”), que formularon, ya antes del golpe de Estado, lo que serían las bases de la transformación económica de Chile durante el régimen militar. Para ellos, la radicalización política chilena que había desembocado en el gobierno socialista de Allende (noviembre 1970-septiembre 1973) era la consecuencia última de las frustraciones causadas por este desarrollo mediocre e inestable. En el documento –conocido como *El Ladrillo* por su abultado tamaño– que llegó a manos de los generales en los días siguientes a la toma del poder se podía leer lo siguiente:

“Creemos que este rendimiento verdaderamente desalentador de nuestra economía explica en gran parte por qué la ciudadanía ha deambulado a lo ancho del espectro político en los últimos 30 años, en búsqueda de sucesivas panaceas que generen un desarrollo más rápido y sostenido de nuestra economía. Esta ansiedad por obtener un desarrollo económico más rápido y el fracaso de los sucesivos programas intentados para generarlo, han abonado el camino para el triunfo de la demagogia marxista...”⁶

Un intervencionismo estatal “creciente y asfixiante que con verdadera miopía ha ido creando el círculo vicioso del estancamiento-estatismo” es señalado en *El Ladrillo* como causa primordial del fracaso económico del país y de sus luchas sociales y políticas cada vez más enconadas.

Esta perspectiva liberal, así como la propuesta de crear una verdadera economía de mercado moderna y abierta al mundo, era algo altamente inusual en Chile. La clase empresarial había nacido y vivido bajo el alero del proteccionismo, las regulaciones y las prebendas estatales. La clase política, a su vez, había sido la administradora del sistema estatista y basaba gran parte de su poder en ello. La gran mayoría de los

⁵ Según las cifras de Angus Maddison, que se dan en dólares de 1990 de igual poder adquisitivo. Véase: <http://www.ggd.net/maddison/maddison-project/data.htm>

⁶ Pág. 28 de la edición del CEP: http://www.cepchile.cl/dms/lang_1/cat_794_pag_1.html



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

intelectuales había profesado ideas que coincidían en la necesaria preeminencia del Estado como agente económico y social. Igualmente ajeno a esta perspectiva liberal era el Ejército chileno, con su formación y sus tradiciones donde el Estado, la planificación y la centralización jugaban roles fundamentales. Más aún, en la América Latina de entonces el capitalismo de Estado era la receta de éxito de las dictaduras militares en boga, encabezadas por la brasileña con sus espectaculares cifras de crecimiento.

Por todo ello es que el derrotero seguido por los jefes militares chilenos fue algo totalmente inesperado y aún hoy difícil de entender a cabalidad.⁷ En todo caso, la decisión de reducir radicalmente la presencia del Estado, liberalizando la economía chilena y abriéndola al mundo, no fue tomada sino un año y medio después del golpe de Estado como solución drástica a una situación económica caótica, caracterizada por una fuerte caída del precio del cobre, un gasto público desbocado y una inflación incontrolable. En ese contexto, las medidas liberalizadoras eran el componente estructural de un severo plan de ajuste que contemplaba un recorte drástico del gasto –con un 15% para el gasto en moneda nacional y un 25% para el realizado en divisas– y el empleo públicos. Esto es lo que se ha denominado “tratamiento de choque” y suponía un considerable impacto recesivo sobre la economía chilena, mediante el cual se restablecerían los equilibrios macroeconómicos, se pondría coto a la inflación y se sanearía la estructura productiva deformada por el proteccionismo e intervencionismo estatales.

Estas consecuencias recesivas, que conllevaban la quiebra de muchas industrias tradicionales y un severo aumento del desempleo, explican el dramatismo de la decisión tomada por el general Pinochet el domingo 6 de abril de 1975. A la reunión decisiva, celebrada en el palacio presidencial de Viña del Mar, Pinochet convocó a un selecto grupo de economistas y también a los jefes de su temida policía política, la

⁷ Sergio de Castro, el más destacado de los Chicago boys y ministro clave del gobierno militar de 1975 a 2002, lo explica por “la visión de que hicieron gala los Comandantes en Jefe de cada una de las Instituciones Armadas” una vez que entendieron que se requería de una transformación radical de la orientación económica del país para evitar nuevos experimentos socialistas como el de Allende (prólogo a la edición citada de *El Ladrillo*, pág. 12).



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

Dirección Nacional de Inteligencia (DINA), a fin de que evaluaran los efectos del plan económico de estabilización en términos de orden público.⁸

La peculiar composición de esta reunión clave nos permite entender aquello que ha sido llamado el “pecado original” de la transformación chilena,⁹ a saber, la aplicación de medidas económicas de corte liberal mediante métodos profundamente liberticidas, propios de una dictadura que no trepidó en convertir la represión en terrorismo de Estado. El régimen militar chileno dispuso de un poder económico y político pocas veces igualado y a partir de ello pudo imponer, de manera radical y abrupta, lo que era un verdadero experimento de transformación social y económica sin precedentes no sólo en América Latina sino a nivel global.

Lo que siguió a la aplicación del plan económico de choque se ajustó, con bastante exactitud, a lo que se preveía. Arturo Fontaine Aldunate, que nos ha dejado un testimonio muy cercano sobre la transformación económica chilena y sus actores, lo resume así:

“La política de ajuste y apertura produce en el sector privado efectos devastadores. Durante 1975, la producción industrial cae en un 28 por ciento y el producto interno bruto en un 13 por ciento. El desempleo llega casi al 20 por ciento. Suben las tasas de interés y se inicia un profundo cambio estructural de la economía, pues muchas actividades económicas deben adaptarse a una fuerte reducción del proteccionismo y enfrentar la competencia.”¹⁰

Pasado el primer remesón la economía chilena mostró una gran capacidad de recuperación, basada en nuevas industrias exportadoras y una significativa renovación de su clase empresarial. De hecho, las exportaciones crecieron a un promedio anual del 12% de 1974 a 1981 y del 20% si sólo se consideran las “exportaciones no tradicionales”. Sin embargo, una severa crisis volverá a afectar a la economía chilena

⁸ La DINA fue el instrumento clave de represión del régimen militar durante los años 70. Su responsabilidad por masivos crímenes y violaciones de derechos humanos ha sido fehacientemente establecida por los tribunales chilenos. Su jefe, el coronel Manuel Contreras –actualmente en prisión por delitos de lesa humanidad– encabezó la delegación de la DINA en la reunión del 6 de abril.

⁹ A. Fontaine Talavera, “Sobre al pecado original de la transformación capitalista”, en B. Levine, editor, *El desafío neoliberal*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 1992.

¹⁰ A. Fontaine Aldunate, *Los economistas y el Presidente Pinochet*. Santiago: Editorial Zig-Zag, 1988. Pág. 100.



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

en 1982-83 (acumulando en esos dos años una caída del 18% del ingreso per cápita), coincidiendo con la crisis internacional de la deuda pero poniendo en evidencia la fragilidad y los defectos propios del proceso chileno de estabilización y privatización de la segunda mitad de los años 70.¹¹ Muchos pensaron entonces que las campanas estaban doblando por el nuevo modelo chileno, pero las cosas tomaron un rumbo muy distinto. Bajo la experta conducción de un nuevo ministro de Hacienda, Hernán Büchi, el modelo se rearmará y, a partir de 1986, mostrará inusitados bríos dando inicio al largo período de crecimiento acelerado que transformará a Chile en la estrella económica de América Latina.

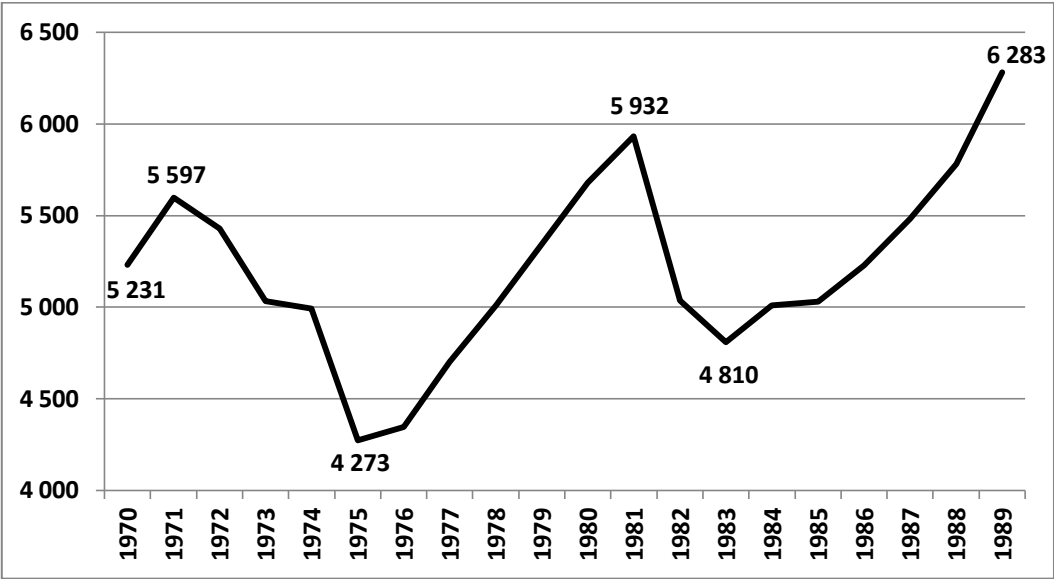
Un par de diagramas puede ayudarnos a visualizar la evolución económica de Chile a partir del golpe militar. En el diagrama 1 se ilustran los acusados vaivenes del período de transformaciones estructurales de los años 70 y 80, que finalmente desembocan en una fase de fuerte expansión económica que, tal como lo muestra el diagrama 2, aleja crecientemente a Chile del promedio latinoamericano. En el primer diagrama se observa también la evolución bajo el gobierno de Allende, que promovió, usando para ello políticas redistributivas insostenibles, un fuerte crecimiento económico durante el año 1971 para luego experimentar, en 1972-73, una profunda caída (del 10% del PIB per cápita). Si a ello se suma la contracción de 1975 se llega a una disminución del 23,7% del PIB per cápita de 1971 a 1975. El segundo diagrama permite ver con claridad las dos fases del desarrollo chileno pos 73. La primera, de cambio estructural sin crecimiento, hasta mediados de los 80 y la segunda, de gran expansión económica, de allí en adelante.

¹¹ Sus grandes flaquezas fueron el cambio fijo con el dólar, usado como mecanismo para contener la inflación, y una privatización extraordinariamente concentrada y basada en el sobreendeudamiento exterior de los grupos económicos que tenía acceso al mercado internacional de capitales.



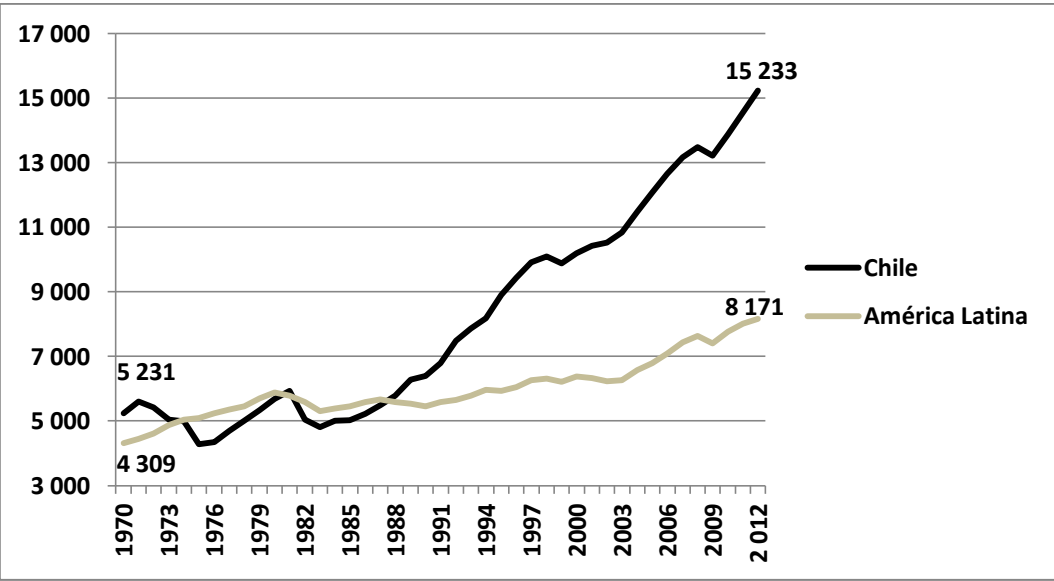
Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

Diagrama 1: Evolución del PIB per cápita de Chile, 1970-1989, en dólares de 1990 de igual poder adquisitivo



Fuente: Elaboración propia basada en *The Maddison Project*.
<http://www.ggdc.net/maddison/maddison-project/home.htm>

Diagrama 2: Evolución del PIB per cápita de Chile y promedio de América Latina, 1970-2012, en dólares de 1990 de igual poder adquisitivo



Fuente: Elaboración propia basada en *The Maddison Project* hasta el año 2010 y Cepal, *Estudio Económico de América Latina y el Caribe 2013*, los años 2011 y 2012.



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

Uno de los rasgos distintivos de la fase de transformaciones estructurales que va de mediados de los 70 a mediados de los 80 es el alto nivel de desempleo, llegando a superar (incluyendo los trabajos públicos de emergencia) el 30% de la fuerza de trabajo en 1983. En promedio, la tasa de paro alcanza el 17,1% de 1974 a 1989. En consonancia con ello, los salarios reales cayeron abruptamente, alcanzando a mediados de los años 70 apenas un 60% del nivel salarial de 1970, nivel que sólo volverá a alcanzarse en la época posdictadura. Todo ello explica una creciente desigualdad en la distribución del ingreso (que alcanza su récord histórico hacia fines de los años 80) y niveles de pobreza que en 1987 llegan al 45% de la población.¹²

Sin embargo, aunque parezca contradictorio con lo anterior durante este período se logra una serie de avances muy significativos en lo referente a las situaciones sociales más vulnerables, tal como queda de manifiesto, por ejemplo, en la fuerte disminución de la mortalidad infantil y el aumento en la expectativa media de vida de población chilena con casi diez años.¹³ Estos avances fueron fruto de un enfoque de política social diseñado ya a comienzos del régimen militar que focalizaba las intervenciones públicas en los sectores más pobres. También el nivel educativo exhibe un avance espectacular en estos años. Así, la escolaridad media pasa de 4,5 años en 1970 a 8,6 en 1990 y la cobertura de la enseñanza media del 40 al 80%.¹⁴

Por último, cabe mencionar que las reformas económicas ya aludidas fueron acompañadas por muchas otras reformas de gran importancia, entre las que es menester destacar dos. La primera es la radical transformación del sistema de pensiones a partir de 1980, que pasó de ser un sistema tradicional de reparto a uno de capitalización individual, gestionado por administradoras privadas de fondos de pensiones (conocidas como AFP). Ello permitió no sólo generar una alta rentabilidad de los ahorros previsionales sino también crear un mercado de capitales dinámico que jugará un rol fundamental en la futura expansión de la economía chilena.

¹² Datos de B. Bosworth, R. Dornbusch y R. Labán (editores), *The Chilean Economy*. Washington, D.C.: The Brookings Institution, 1994, y de D. Contreras y R. Ffrench-Davis, *Policy Regimes, Inequality, Poverty and Growth: The Chilean Experience, 1973-2010*. UNU-WIDER: 2012.

¹³ Según CELADE, la mortalidad de los niños menores de 5 años bajó del 81,4‰ a 21,5‰ de 1970-75 a 1985-90. Por su parte, la expectativa de vida aumentó de 63,6 a 72,7 años durante el mismo período.

¹⁴ A. Bernasconi y F. Rojas, *Informe sobre la educación superior en Chile 1980-2003*. Unesco: IESALC, 2003.



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

La segunda es la reforma de 1981 que permitió la creación de nuevas universidades y otros centros de educación superior por parte de entidades privadas (formalmente sin fines de lucro en el caso de las universidades). Esta fue la base de uno de los fenómenos más relevantes del Chile contemporáneo: la enorme expansión de la cantidad de instituciones de formación superior así como del número de jóvenes que acceden a las mismas. De las ocho universidades existentes en 1980 se pasa a 302 centros de educación superior en 1990 y de los 118.978 estudiantes de 1980 se pasa a más del doble en 1990 (249.482), llegando en 2013 a la cifra de 1.184.805 estudiantes matriculados.¹⁵ Esta vertiginosa expansión es clave para entender tanto la gran movilidad social experimentada recientemente por Chile como las movilizaciones estudiantiles que remecieron al país en 2011.

La hora de los consensos y la profundización del modelo económico

El régimen militar terminó el 11 de marzo de 1990 de una forma insólita y pacífica: fue derrotado en un referéndum celebrado impecablemente el 5 de octubre de 1988 de acuerdo a las disposiciones de la Constitución creada por los mismos militares en 1980. Esto ocurrió a pesar de una cuidadosa planificación institucional y política que buscaba extender el régimen del general Pinochet hasta, al menos, 1997 y en medio de un período de gran bonanza económica.¹⁶

No es del caso profundizar en este contexto en las condicionantes de este afortunado final de la dictadura militar pero no cabe duda de que sus formas y circunstancias determinaron en gran medida tanto el curso venidero del proceso de democratización como la continuidad del modelo económico-social creado por los militares.

En primer lugar, la transición hacia la democracia se dio bajo el marco institucional creado por el régimen de Pinochet, que si bien fue reformado mantuvo una serie

¹⁵ A. Bernasconi y F. Rojas, *ibid.*, y Ministerio de Educación de Chile para 2013.

¹⁶ El PIB chileno creció 6,6% en 1987 y 7,3% en 1988. En 1989 el crecimiento llegaría al 10,6%.



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

importante de mecanismos de contención de un posible cambio radical¹⁷ y le otorgó a los militares, con Pinochet como Comandante en Jefe del Ejército hasta marzo de 1998, una autonomía prácticamente total, lo que los convertía en un gran poder contralor de facto. Fuera de ello, hay que recordar que si bien Pinochet perdió el referéndum de 1988 lo hizo con un 44% de los votos, lo que refleja un considerable apoyo popular. Estas condiciones dieron origen a lo que, con razón, se llamó “democratización pactada”. Se desarrolló así una “democracia de los acuerdos”, basada en grandes pactos que incluyeron a parte significativa de las representaciones parlamentarias de la centroderecha.¹⁸

A este elemento de continuidad dentro del cambio se sumó la extraordinaria pujanza de la economía chilena, que hacía muy poco recomendable modificar de manera sustantiva un sistema que estaba generando un notable crecimiento del ingreso y el empleo, que pronto se expresarían tanto en la emergencia de una nueva y muy amplia clase media como en la rápida reducción de la pobreza, que cae del 45,1% de la población en 1987 al 38,6% en 1990 y al 23,2% en 1996.¹⁹

De hecho, Chile entró a la fase de democratización contando con un dinamismo económico que superaba todo lo experimentado por el país durante el siglo XX (y probablemente en toda su historia). El septenio 1991-97 es particularmente brillante, con un crecimiento anual del PIB de un 8,3%, lo que implicó un aumento del ingreso per cápita con un 62% entre 1990 y 1997. La magnitud del crecimiento fue tal que permitió un incremento muy significativo del gasto público social (51% entre 1990 y 1996 en términos reales) sin que aumentase su peso porcentual en el PIB, que incluso se mantiene por debajo del nivel alcanzado en 1987-88.²⁰ En general, el gasto público se mantiene en los mismos niveles (en torno al 20%) previos al inicio de la transición a la democracia, lo que da muestra tanto de la abundancia de recursos como de un

¹⁷ Los mecanismos fundamentales, aún hoy vigentes, fueron el sistema electoral binominal, que da una fuerte sobrerrepresentación a la segunda lista más votada en una circunscripción promoviendo por ello el equilibrio parlamentario, y los altos quórums requeridos para modificar la Constitución y las leyes básicas del país. Ambas cosas imponen amplios consensos para realizar cambios legales profundos.

¹⁸ Organizada en dos grandes partidos: la Unión Demócrata Independiente (UDI), más cercana al régimen militar, y Renovación Nacional (RN).

¹⁹ P. Meller, *Pobreza y distribución del ingreso en Chile (década del 90)*. Santiago: CIEPLAN, 1999.

²⁰ P. Meller, *ibid.*



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

manejo macroeconómico cauteloso de parte de la Concertación de Partidos por la Democracia que ahora gobernaba.²¹

La coalición gobernante de centroizquierda no sólo mantiene el modelo económico heredado sino que lo profundiza mediante una ofensiva política de apertura al mundo que conlleva la firma de nuevos tratados de libre comercio y la reducción de los ya bajos aranceles de importación. La internacionalización de la economía chilena es notable durante este período, duplicándose el valor de las exportaciones entre 1989 y 1995 e incrementándose radicalmente tanto el flujo de capitales extranjeros hacia Chile como, lo que es algo novedoso, de capitales chilenos hacia el extranjero.²²

En medio de este crecimiento desbordante, donde todos estaban progresando rápidamente,²³ cobra menor importancia un hecho que a la larga se hará cada vez más controversial: la desigualdad en la distribución del ingreso, que durante los años 90 prácticamente se mantiene los niveles extremos de fines de los 80.²⁴

Chile vivía, en suma, en el mejor de los mundos posibles: la democracia se afianzaba, la economía crecía, la pobreza retrocedía, la movilidad social ampliaba la clase media, los progresos educacionales eran notables y los equilibrios políticos le brindaban una sólida gobernabilidad. Incluso se avanzaba, no sin resistencia, en el esclarecimiento de las violaciones de derechos humanos cometidas por el régimen militar.²⁵

²¹ La Concertación agrupaba diversos partidos de la centroizquierda, que iban del Demócrata Cristiano al Socialista. Se excluía, sin embargo, al Partido Comunista, siendo esta la gran diferencia con la así llamada Nueva Mayoría que actualmente lidera Michelle Bachelet.

²² Las inversiones chilenas en el extranjero pasan de ser insignificantes a fines de los años 80 a un promedio de 5.653 millones de dólares los años 1998-2000. El total de inversiones realizadas desde 1990 hasta junio de 2013 llega a los 86 mil millones de dólares, con Brasil, Argentina y Colombia como principales destinatarios. Datos del Banco Central de Chile.

²³ Los ingresos reales del 10% más pobre de la población aumentaron un 45% entre 1990 y 1996, mientras que los del 10% más rico lo hicieron con un 34,6%.

²⁴ La desigualdad alcanza un nuevo punto álgido el año 2000, cuando el coeficiente de Gini llega a 0,58. De allí en adelante la desigualdad disminuirá, pero aún en 2011 el coeficiente era 0,52.

²⁵ Un paso decisivo fue la creación de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, que entregó su informe en febrero de 1991 estableciendo la muerte o desaparición de 2.279 personas por razones de violencia política (164 personas) y violación de derechos humanos (2.115 personas) entre septiembre de 1973 y marzo de 1990. De ese total, 2.025 casos fueron víctimas de personas al servicio del Estado chileno. Para completar este cuadro debe también consultarse el informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura que en 2004 estableció una cifra de 28.459 personas que sufrieron torturas y apremios ilegítimos, incluyendo 3.400 mujeres violadas y abusadas por sus captores.



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

En este contexto, el debate político tomó un rumbo pragmático y tecnocrático, donde no se cuestionaban las bases del exitoso modelo de desarrollo heredado del régimen militar. Lo importante era generar un clima de reconciliación que cerrase las heridas del pasado y permitiese tanto la consolidación democrática como la continuación del progreso económico. La eficiencia se convirtió en el santo y seña de un debate muy aterrizado, que se alejaba no sólo del ideologismo que tanto daño le había hecho a Chile sino también del “mundo de las ideas” en general. Chile tiende así a despolitizarse y centrar su interés en “la cosa chica”, en el día a día, en la gestión y no en las visiones, en el presente y no en las utopías futuras, transformándose en un país que realiza más y sueña menos. Se trata de un cambio cultural notable en un país que había sido intensamente político e ideológico, y sus consecuencias se harán notar unos veinte años más tarde, cuando, sorpresivamente, resurja el ideologismo en el seno de una sociedad altamente despolitizada.

Para la centroizquierda, que accede al poder en marzo de 1990 bajo el liderazgo de Patricio Aylwin, se trata de administrar un sistema que teóricamente y emocionalmente repudia.²⁶ Esto produjo algunos debates internos entre sus sectores más pragmáticos, que controlaban firmemente las riendas del gobierno, y aquellos más ideológicos, que criticaban el hecho de haberse transformado en, a su juicio, meros “administradores del neoliberalismo”.²⁷ Sin embargo, fue la posición pragmática lo que primó casi sin contrapeso, representada por que se dio en llamar el “partido transversal”, es decir, la cúpula gobernante que reunía a los dirigentes partidarios de la Concertación y a los poderosos tecnócratas del régimen. Así, la Concertación se hizo maestra, como lo expresa E. Tironi, en el arte de manejar “la coexistencia entre un *ethos* anti-capitalista y una práctica gubernativa pro-capitalista.”²⁸

Por su parte, la centroderecha, muy satisfecha con la orientación “realista” de la Concertación gobernante y segura de manejar las palancas parlamentarias que permitían frenar cualquier intento de cambio radical, también se orientó hacia posiciones pragmáticas, donde la defensa explícita del sistema al nivel de las ideas se

²⁶ “El mercado es cruel” será una de las frases más recordadas de Patricio Aylwin.

²⁷ En Chile se llamó “autocomplacientes” a los pragmáticos y “autoflagelantes” a sus críticos. La polémica tuvo su punto álgido en 1998.

²⁸ E. Tironi, *¿Por qué no me quieren? Del Piñera way a la rebelión de los estudiantes*. Santiago: Uqbar editores, 2011. Pág. 101.



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

hizo irrelevante dado el amplio consenso de hecho existente en torno al mismo. Por último, se asumía que “el modelo”, como hoy se lo denomina cortamente, se defendía a sí mismo en razón de su abrumadora capacidad de generar progreso. La expresión más nítida de esta orientación desideologizada de la centroderecha fue la candidatura presidencial de Joaquín Lavín en 1999, quien estuvo a punto de derrotar a Ricardo Lagos con una campaña en torno a lo que se denominaría “cosismo”, es decir, centrada en la gestión de las “cosas concretas” que afectan la vida cotidiana de los ciudadanos y lejos del terreno ideológico.

En buenas cuentas, el modelo se quedó sin defensores explícitos. Parecía haber vencido a tal punto que sus propios adversarios no sólo lo asumían y gestionaban desde el gobierno sino que incluso lo profundizaban de diversas maneras. El tiempo mostraría, sin embargo, que se trataba de una victoria engañosa. El modelo había vencido pero no había convencido, no se había ganado, por así decirlo, el corazón de los chilenos sino su bolsillo. Era útil pero no querido. Para muchos se trataba de un matrimonio de conveniencia que hoy en día está, como tarde o temprano suelen hacerlo estos matrimonios, en plena crisis.

La hora del descontento y el malestar del éxito

El rápido progreso alcanzado entre 1986 y 1997 (con un aumento promedio del PIB del 7,7% anual) sufrió una interrupción en 1998-99, como consecuencia de un mal manejo de la así llamada “crisis asiática”, pero pudo reiniciarse el año 2000, aunque con un ritmo bastante por debajo de los niveles precedentes (4,3% de promedio anual de 2000 a 2008). Finalmente, después de una caída del 1% en 2009, se inicia, bajo el gobierno de Sebastián Piñera, una nueva fase de crecimiento más acelerado que alcanza un promedio anual de 5,4% entre 2010 y 2013.

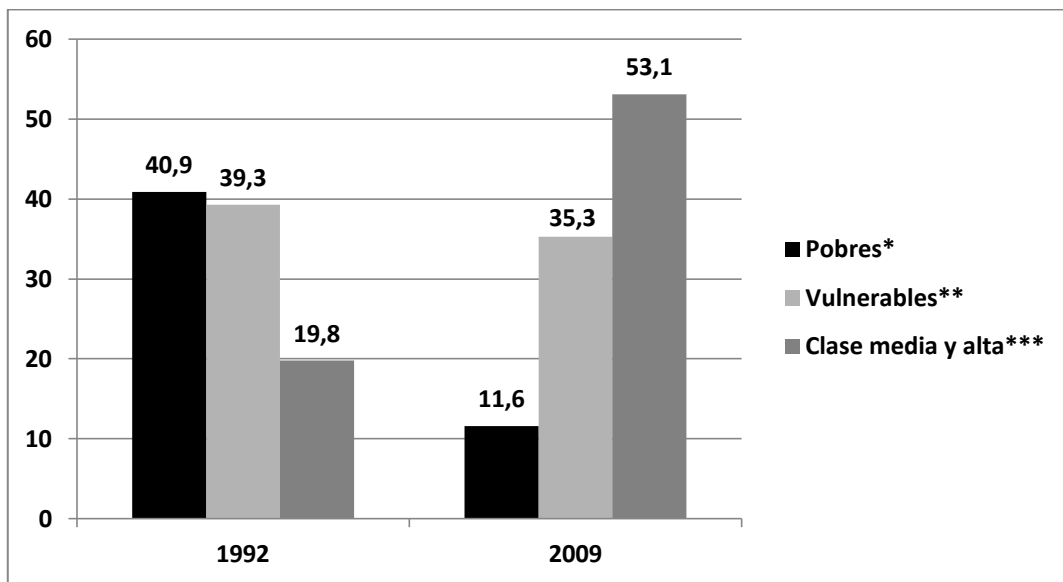
Este desarrollo no sólo triplicó el ingreso per cápita sino que provocó una extraordinaria transformación de la sociedad chilena, tanto en lo que respecta a su estructura como a sus preferencias, sensibilidades y perspectivas. Tal como lo muestra un reciente estudio del Banco Mundial sobre movilidad económica y ascenso de la



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

clase media en América Latina, Chile ha sido el país que más movilidad ascendente ha experimentado entre 1992 y 2009. En este lapso, casi dos tercios de la población chilena han “cambiado de clase”, pasando de una situación de pobreza a una de vulnerabilidad o de una de vulnerabilidad a la clase media.²⁹ Esta notable transformación se ilustra en el diagrama siguiente.

Diagrama 3: Estructura social chilena en 1992 y 2009



*Pobres: ingreso diario inferior a USD 4. **Vulnerables: ingreso entre USD 4 y 10. ***Clase media y alta: ingreso superior a USD 10. En dólares del año 2000 ajustados por su poder adquisitivo. Fuente: Elaboración propia basada en *Economic Mobility and the Rise of the Latin American Middle Class*.

Incluso el ser pobre ha cambiado radicalmente durante estas últimas décadas. Los pobres de hoy disponen, en términos reales, de un ingreso que en promedio es 2,5 veces superior al de 1990. Lejos están aquellos tiempos en que la pobreza implicaba altos niveles de mortalidad infantil, desnutrición, hacinamiento y ausentismo escolar.

Todo este enorme cambio económico y social ha llevado aparejada una verdadera revolución de la escolaridad, manifestada en una notable expansión de la educación parvularia, media y, sobre todo, superior, en la que el número de estudiantes se multiplica por 10 entre 1980 y 2013. En 1990 la cobertura neta de la educación

²⁹ F. Ferreira y otros, *Economic Mobility and the Rise of the Latin American Middle Class*. Washington D.C.: The World Bank, 2013.



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

superior era del 12,8% de los jóvenes entre 18 y 23 años, mientras que en 2011 llegaba al 33,3%. Además, hay que hacer notar que el aumento mayor se ha dado entre los jóvenes pertenecientes al 30% más pobre de la población, que han multiplicado 6,3 veces su tasa de participación en ese nivel educativo, pasando del 3,7 al 23,6% entre 1990 y 2011.³⁰ Paralelamente, se ha ampliado de manera extraordinaria el acceso a viviendas mejores, bienes de consumo durables, medios modernos de transporte y comunicación, viajes dentro y fuera del país y otros componentes de un estándar de vida que comienza a acercarse al de los países de altos ingresos.

Estos cambios han redimensionado radicalmente el horizonte de aspiraciones y problemas de los chilenos. Atrás han ido quedando las demandas e inquietudes propias de una sociedad mayoritariamente pobre y se han abierto paso aquellas que representan a los nuevos sectores emergentes en pleno proceso de ascenso económico y social. Ahora bien, hay que hacer notar que el rápido progreso tiene una característica que fácilmente lo torna insuficiente por más exitoso que sea en el plano objetivo: las expectativas tienden a crecer más rápidamente que la capacidad de satisfacerlas y se genera así un malestar social que, a simple vista, no guarda relación con los progresos alcanzados. En suma, la sociedad se hace mucho más exigente y, sobre todo, más impaciente. Este “malestar del éxito” ha jugado, a mi juicio, un papel protagónico en la ola de movilizaciones de los años recientes y en la desvalorización de los éxitos y las virtudes del modelo de desarrollo hasta ahora seguido.

La evolución aquí reseñada ha cambiado de manera notable el foco de atención de la sociedad chilena, poniendo hoy el acento no ya en los logros sino en las deficiencias del camino recorrido. Esto refleja un fuerte desplazamiento de las aspiraciones y demandas sociales de la cantidad a la calidad: de aspirar a más viviendas, educación o empleos a exigir viviendas, educación o empleos de calidad. Con ello se hicieron visibles las deficiencias de un crecimiento que efectivamente dejó mucho que desear en el aspecto cualitativo. Esto se hizo más que evidente en la nueva oferta educacional, especialmente a nivel superior, que muchas veces combinaba costos excesivos con una calidad muy deficitaria. En algunos casos, la situación sólo podía calificarse

³⁰ Cabe también señalar que el 70% de quienes hoy participan en la educación superior tienen padres que sólo alcanzaron la educación media o menos. Datos del Ministerio de Educación de Chile.



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

de estafa, basada en la explotación inescrupulosa del ansia de las familias por darles a sus jóvenes educación superior casi al costo que fuese. Ello se combinó con un sistema de préstamos de estudios que para muchos generó un endeudamiento desmedido que no se compadecía con las posibilidades futuras de rentabilizar la formación recibida. Y para rematar la situación se hizo evidente que muchas de las nuevas universidades tenían fines de lucro a pesar de que legalmente ello estaba prohibido.

Este crecimiento cuantitativo con graves deficiencias de calidad y situaciones de abuso rampante se puso de manifiesto en muchos otros terrenos. El abuso del medio ambiente y la desconsideración para con el bienestar y la opinión de las comunidades locales caracterizó muchos proyectos energéticos y productivos, creando graves situaciones de contaminación ambiental y sobreexplotación de los recursos naturales. Así también, se constataron serias situaciones abusivas en el funcionamiento de grandes cadenas comerciales y en el de diversas instituciones financieras. Todo ello revelaba no sólo un sinfín de fallas regulatorias sino también, lo que es tanto o más grave, una escasa a voluntad política de aplicar la normativa vigente y ejercer el rol de vigilancia que naturalmente le corresponde a las instituciones públicas. Esta fue una de las características más notorias de los gobiernos de la Concertación, lo que le ganó el aprecio de muchos empresarios y la desafección de una gran cantidad de ciudadanos de a pie.³¹ Lo paradójal es que estas fallas del Estado y la regulación terminaron siendo achacadas al mercado o “al modelo” en sí, como si una economía abierta de mercado fuese por necesidad sinónimo de negociado, abuso, transgresión de las reglas legales y lucro ilícito.

Fue en este terreno que se empezó a pagar duramente el precio del abandono del terreno de las ideas y, en general, de la cultura, por parte de la centroderecha. Su “anorexia cultural”, como bien la ha llamado Axel Kaiser en *La fatal ignorancia*,³² hizo que la interpretación de la realidad y con ello el gran privilegio de formular los problemas de la sociedad quedase en manos de sectores críticos no sólo de los defectos sino de la esencia misma del proyecto socio-económico edificado en Chile.

³¹ La relación Concertación-empresarios llegó a tener verdaderos ribetes de romance. En 2005, el principal líder empresarial de Chile, Hernán Somerville, lo resumió en una frase para la historia: “Mis empresarios aman a Lagos”, refiriéndose al presidente socialista de entonces.

³² A. Kaiser, *La fatal ignorancia – La anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista*. Santiago: Instituto Democracia y Mercado, 2009.



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

En suma, el modelo se había quedado sin defensores, pero no sin adversarios, y fueron éstos los que se transformaron en los intérpretes y articuladores ideológicos de un malestar que en sí mismo eran legítimo y escasamente ideológico.

Otra perspectiva crítica que se instaló fuertemente en el debate público fue la de la desigualdad. Se trata de otra de las paradojas del éxito alcanzado. Atrás quedó el eterno debate sobre cómo derrotar a la pobreza, cosa que ya prácticamente se da por descontada en Chile, y se pasó a discutir la distribución de los beneficios del progreso. Las brechas de ingreso o de acceso a servicios como la salud y la educación pasaron a ocupar el centro de la atención y el debate se desplazó desde el terreno de la eficiencia (tasa de crecimiento) al de la justicia (distribución del crecimiento). Ahora bien, lo que a las claras nos dice que se trata de un cambio de perspectiva o sensibilidad social producto del progreso logrado es que los altos niveles de desigualdad de la sociedad chilena tenían larga data sin por ello haber dominado el escenario político y cultural como lo han hecho recientemente. Más aun, el protagonismo creciente del tema de la desigualdad coincide con una reducción paulatina pero constante de las desigualdades medidas en términos ya sea de ingreso o de consumo.³³ Pero el progreso es así, lo que era tolerable en presencia de necesidades más apremiantes se hace intolerable cuando nuestro horizonte pasa de las carencias absolutas a las relativas, del apremio por satisfacer nuestras necesidades básicas a la comparación con lo que otros tienen.

La hora de la protesta y el inquietante retorno de Bachelet

La transformación social chilena y el malestar del éxito –con el consiguiente desplazamiento del foco de atención de la cantidad a la calidad, de la pobreza a la desigualdad y de los logros a los defectos del desarrollo alcanzado– sumados a la indefensión ideológica y cultural de los principios de una sociedad basada en amplios márgenes de libertad y responsabilidad personales fueron los principales ingredientes de las grandes movilizaciones sociales del año 2011.

³³ Véase “Discutiendo acerca de la desigualdad en Chile”. *Temas Públicos* Nº 1.119. Santiago: Libertad y Desarrollo, 2013.



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

Lo que ocurrió entonces sorprendió a muchos: los más beneficiados por “el modelo”, es decir, los jóvenes chilenos, se volvían mayoritaria y bulliciosamente en su contra. Los que lo hacían pertenecían, como Eugenio Tironi lo resume:

“a la generación más escolarizada de la historia del país. La que ha tenido mejores condiciones de vida. La que ha estado más conectada con el mundo. La que ha tenido la vida sexual más libre y temprana. La que ha dispuesto de más oportunidades de todo orden. La que ha gozado de más estabilidad económica, social y política. La que ha estado menos sometida al miedo incontenible a la pobreza. En fin, la que ha sido más libre para hacer de su vida lo que quiera.”³⁴

Lo que entonces no se entendió es que justamente por todo ello estos jóvenes privilegiados estaban saliendo a protestar, porque daban por sentado lo que tenían y querían mucho más, y tenían prisa.

A partir de diversos focos de descontento ciudadano³⁵ pero desde el mes de mayo de 2011 con su epicentro en el movimiento estudiantil, se desencadenó una ola de movilizaciones nunca antes vista en Chile desde comienzos de los años 70. Lo particular de estos movimientos –especialmente del estudiantil– fue la acelerada escalada ideológica que los caracterizó. Los problemas concretos y las demandas que inicialmente los motivaron fueron rápidamente transformados en una crítica al conjunto del modelo imperante de desarrollo y sociedad. Esta ideologización del descontento no fue por cierto casual sino que respondió a la presencia de una dirigencia radicalizada, producto en gran medida del persistente trabajo de formación política de parte de sectores opuestos al sistema vigente, entre los que destacan el Partido Comunista y sus juventudes. Esta “vanguardia” –para decirlo en términos leninistas– difundió un potente discurso crítico con connotaciones marxistas pero que también se hacía eco de una importante perspectiva antiliberal y anticapitalista de raigambre católica –cuya expresión histórica había sido la Falange Nacional luego transformada en Democracia Cristiana– que describió a la sociedad chilena como una “sociedad de

³⁴ E. Tironi, *ibid.* Pág. 139.

³⁵ Las primeras movilizaciones sociales se dan ya en enero de 2011 en la región austral de Magallanes en protesta por el alza del precio del gas natural, fuertemente subsidiado hasta entonces.



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

mercado”, fría y mercantilizada, donde todo giraba en torno al dinero y al consumismo, penetrada por un egoísmo y un materialismo empobrecedores de las relaciones humanas y destructores de aquellos valores que apelan a nuestros sentimientos de altruismo y solidaridad con el prójimo. En fin, Chile se habría enriquecido materialmente pero empobrecido como sociedad. Frente a este desarrollo “deshumanizante” se proponía un proyecto social bastante difuso, caracterizado sobre todo por una demanda genérica de más Estado y menos mercado, concretada en la consigna “No al lucro”, que si bien se refería directamente al sector educacional tenía una clara connotación de condena al lucro en general, es decir, al nervio mismo de la economía de mercado. Se instauró, igualmente, el discurso de los derechos sociales y del Estado como garante y proveedor de los mismos, un Estado de bienestar con amplios recursos, atribuciones y funciones redistributivas. Se trataba, en suma, de revertir el camino iniciado en los años 70 y reentroncar con el Chile previo al golpe militar.

A todo ello se sumó un argumento de gran impacto emocional: el sistema imperante –en sus aspectos tanto económicos como sociales y políticos– era hijo de la dictadura, es decir, de un acto de fuerza brutal e inaceptable. Era el pecado original de que hablaba Arturo Fontaine que reaparecía con toda su carga simbólica. Aceptar el Chile actual equivalía, en el fondo, a seguir bajo el yugo de Pinochet, de sus reformas económicas, de su Constitución y, sobre todo, de su proyecto de sociedad. Por ello es que había que cambiarlo todo y refundar un Chile definitivamente liberado de su terrible pecado de gestación.

Ahora bien, para comprender a cabalidad la fuerza y radicalidad de las movilizaciones del 2011 se debe también tomar en consideración lo que podemos llamar “el efecto Piñera”. Después de veinte años de gobiernos concertacionistas, la centroderecha chilena llegó al poder en marzo de 2010 bajo el liderato de Sebastián Piñera, destacado empresario y opositor consecuente al régimen militar. Con ello se produjo un cambio de escena de gran trascendencia. La Concertación, con su peculiar rol de eficiente administrador del capitalismo desde una historia y un discurso que apelaba al sentimiento anti-capitalista, de hecho había actuado como valla de contención de las tendencias contestatarias más radicales. Con la llegada de Piñera al gobierno y el consecuente paso de la centroizquierda a la oposición, esa valla de contención no sólo



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

desapareció sino que el radicalismo se vio azuzado por la nueva oposición, que parecía querer demostrar que en Chile o gobierna la izquierda o no gobierna nadie.

En todo caso, el embate de la ofensiva contestataria fue demoledor y la capacidad de resistencia política e ideológica a la misma fue prácticamente nula. Quedaba así en evidencia la vulnerabilidad autoinflingida de los partidarios del modelo de desarrollo imperante. Confiados en la eficiencia del sistema y en las deslumbrantes cifras que exhibía olvidaron que “la realidad” no habla por sí misma, sino que se forma –se construye, diría un intelectual afrancesado– mediante instrumentos culturales de interpretación que finalmente terminan configurando y dándole sentido a “la cosa en sí”. Descuidaron la cultura y la batalla de las ideas, y terminaron perdiendo la batalla por la interpretación de la realidad.

Así, el imaginario político de gran parte de la sociedad chilena dio un salto hacia la izquierda, si bien su cotidianeidad seguía estando impregnada de los valores y logros de un sistema que ahora concitaba un creciente repudio. Se trata, en el fondo, de una notable discrepancia entre lo que podríamos llamar objetividad y subjetividad, entre un país profundamente burgués y apolítico y las opciones que se han impuesto en el escenario político-ideológico. Es como si, para tomar la famosa metáfora del *Fausto* de Goethe, dos almas habitaran en el pecho del Chile actual, una aferrada a lo terrenal y cotidiano y otra entregada a lo soñador y utópico. Y será la tensión entre estas dos almas o impulsos lo que en gran medida decidirá el futuro de Chile.

Este es el contexto en el que se dio la reciente pugna electoral y el triunfo de Michelle Bachelet. Las opciones estatistas y refundacionales imperaron ampliamente en la primera vuelta del 17 de noviembre, captando unos dos tercios de los votos, y la victoria de Bachelet en la segunda vuelta del 15 de diciembre vino a confirmar este “vuelco hacia la izquierda”. Sin embargo, la abstención fue abrumadora en la primera vuelta (votó menos de la mitad de los electores potenciales) y lo sería aún más en el balotaje. El Chile más político y utópico obtenía así una victoria pírrica, siendo en la práctica derrotado por el Chile más apolítico y terrenal que o se quedó en la casa o votó por la candidata de la continuidad, Evelyn Matthei.



Serie de Ensayos de la Biblioteca Virtual de Mauricio Rojas. Nº 22. Enero 2014

Así, Michelle Bachelet ha sido elegida por una minoría de los chilenos, por más que se autoproclame como líder de la “Nueva Mayoría”. Esto crea una compleja situación a futuro. Como ya hemos visto, entre los sectores políticamente más activos (que manejan “la calle”) se ha dado una notable radicalización, que con creces desborda lo que representa Bachelet. Sus exigencias de una refundación de Chile mediante una asamblea constituyente no amainarán en absoluto bajo un gobierno declaradamente de izquierda. Todo lo contrario, usarán su gran capacidad de movilización para tratar de mover a Bachelet aún más hacia la izquierda y se transformarán, de hecho, en la verdadera oposición al régimen. Se repetirá así lo experimentado por Sebastián Piñera, especialmente en una situación de gran debilidad de la centroderecha en razón de sus divisiones internas y su reciente fracaso electoral.

El dilema de Michelle Bachelet será, guardando las proporciones, similar al que un día enfrentó Salvador Allende: gran parte de su base de apoyo tenderá a desbordarla exigiendo una radicalización que, de llevarse a cabo, terminaría poniendo en peligro la estabilidad y muchos de los logros alcanzados con tanto esfuerzo por Chile. Una economía pequeña y muy integrada al mundo sufriría directamente el impacto negativo de un clima político enrarecido, donde se abren perspectivas inciertas de desarrollo y se toman medidas contraproducentes en términos de inversión, empuje empresarial y empleo. Pero no sólo eso, el Chile burgués y terrenal descubriría de pronto que la política –en especial la mala política– sí importa: le tocaría sus perspectivas de progreso, sus márgenes de libertad y, no menos, su bolsillo.

Será ese Chile el que, más que la actual y medio moribunda centroderecha, será el gran freno a un eventual devaneo utópico-socialista de la futura presidenta. Así, el gobierno de Bachelet se verá desgarrado por la tensión entre la marejada izquierdista que la llevó al poder y la resaca realista de un Chile mayoritario que no aceptará poner en peligro aquello que ha logrado con el sudor de su frente. A poco andar, Michelle Bachelet descubrirá que, como se dice en Chile, el Palacio de la Moneda es “la casa donde tanto se sufre”.